

Qíahn – Relato Día del libro 2026

—¿Se supone que este vestido está limpio?! Aquí hay una mancha del tamaño de una lenteja.

—Ama, yo...

—¿Era una pregunta *metafórica*, renacuajo! De esas que no se espera respuesta.

—¿Meta... metafórica? Er... sí, ama.

—Haz el favor de bajar a las cocinas y *les* dices a las criadas que *le* laven y planchen de nuevo.

—Inmediatamente, ama.

—*Asín* no se puede vivir! Una mujer, una dama de Cara como yo, *echa* a sí misma en esta isla de maravillas. ¡Lo que hay que aguantar!

El sirviente recogió el vestido del suelo. Lo hizo con la delicadeza que no tuvo su dueña al arrojarlo allí. A continuación, realizó una profunda reverencia, tan exagerada que casi golpea la cabeza con el piso embaldosado. Los goblins son muy flexibles, casi de goma, y son tan bajitos que a veces se confunden y caminan con las manos en lugar de con los pies.

Bajó las escaleras de caracol sin prisa, con cautela. Los peldaños estaban hechos a escala humana, como todo en aquella mansión. Tropezar y rodar hasta abajo le apetecía menos que abonar el huerto con una cuchara (sí, su amo tenía un sentido del humor retorcido). Además, le esperaba una larga jornada de duro trabajo y no pocos insultos. Esa era el menú cotidiano de su especie en la faz luminosa de Qíahn: esfuerzo de primero, desprecio de segundo, cero postre y resignación para beber. Veintiocho días del mes; doce meses al año.



Bueno, para ser sinceros, su pueblo tenía un rato de solaz en su agotadora existencia. Todos los sábados por la noche acudían a la taberna de su barrio, un sótano reservado para ellos, a jugar a las cartas durante horas. Era una costumbre ancestral de los machos de la especie (las hembras se dedicaban a otros menesteres) o al menos eso le habían enseñado sus padres. Más bien podríamos afirmar que era un tema genético, pero esa ciencia no es propia de un mundo medieval-fantástico. Dejémosla, por tanto, reposar hasta el futuro. Quedémonos con la definición de casi ludopatía. Aunque ahora que lo pienso, ese término también es demasiado actual para ese mundo. ¡Canastos! A este bardo se le está complicando escribir de manera no anacrónica.

Centrémonos. Justamente hoy es sábado. Y si es sábado, hay timba de cartas. Y si hay cartas, hay cerveza. Y si hay cerveza, hay jolgorio. Y si hay jolgorio, hay pelea. Y si hay pelea, habrá nuevas amistades al acabarla. Y si hay más amistades, habrá más gente con quien jugar a cartas.

Ese pensamiento feliz acompañó a nuestro protagonista durante toda su jornada como esclavo. Sería incorrecto llamarlo “jornada laboral”. La única recompensa era vivir un día más bajo techo, en el mejor de los casos. Como el resto de su especie, se suponía que había nacido para ese fin, o al menos eso sostenían sus amos humanos. Él se lo cuestionaba pocas veces: tenía tanto qué hacer...

Al fin llegó la noche. Sí, no me he equivocado. Los habitantes de Cara no disfrutaban de una noche como la del planeta Tierra. Por algún motivo definen así la franja horaria del día donde el sol alumbra con menos intensidad. Es el equivalente a la tarde terráquea. Costumbres. Cosas que se dan por hechas y que pocos se detienen a cuestionar. Aunque ellos desconocen que en realidad provienen de su pasado en... ops. Eso es otro relato. Mejor me centro en este.

Volvamos con nuestro querido bicho verdoso de un metro escaso de altura. No un tapón, sino carente de ambición por crecer más. No feo, sino abrupto a la mirada. No vestido humildemente, sino seguro de sí mismo. Allá va él pisando el empedrado de la calle en una ciudad más de la Isla de Selfies, el territorio más turístico y con más gatos de La Moneda. Allí viajan gentes de toda Cara para hacerse retratos rápidos, al carboncillo o acuarela, a ser posible con mininos propios o del lugar. Es una moda que arrasa desde hace décadas, una costumbre más bien. Cosas que se dan por hechas y que pocos se detienen a cuestionar. Aunque ellos desconocen que en realidad... ops. Tengo un *déjà vu*. ¡Ah, no! Es del párrafo anterior. Sólo me estoy repitiendo por culpa de mis escasas dotes *escribidiles*, como seguro diría el ama de nuestro duende (si el diccionario no sangra, las patadas no le duelen, ¿verdad?).

El caso es que él sigue camina que camina por la soleada calle repleta de tenderetes y mesas de dibujantes y artistas. Se saluda sonriente con otros de sus congéneres, se detiene para dejar el paso a los humanos, esquiva a los jinetes a caballo, se aleja de los perros demasiado grandes, y se esconde de los gatos. Menudos son. En Selfies están tan cebados que sus instintos depredadores se encuentran aprisionados bajo varias capas de grasa. En otras partes de Cara, no digamos en Cruz, la realidad es muy distinta. Los goblins han aprendido a temerlos para no acabar devorados por tan “simpáticas fierecillas”. Nunca oirás a un goblin decir «*Uy, qué mono*» al ver un gatete. No señor.

Un callejón más, un rincón a la derecha y allí está su rincón de felicidad: el bar de Facundo, el tabernero goblin más célebre del lugar, o al menos eso dice él. En realidad es correcto. Tiene nombre propio, asignado por el Registrador de nombres humano. Es todo un honor. El resto se quedan con el apelativo recibido, tal vez escupido con desdén, por sus amos. Pero no les hace falta usarlo: se reconocen perfectamente, o al menos eso dicen ellos. Encima, si te llaman Renacuajo como a nuestro protagonista, menos ganas tienes de usar una palabra para identificarte. En eso piensa mientras desciende por las escaleras, con peldaños a escala de su estatura, para abrir la puerta de madera y cristales empañados de la cantina.

—¡Saludos, Facundo, el tabernero a quien quiere todo el mundo! —clama sonriendo Renacuajo, inclinando a continuación su cuerpo en señal de honesto, y no del todo sincero, respeto (enseguida entenderás por qué).

—¡Saludos, injustamente llamado Renacuajo! —contesta feliz el dueño—. Según la tradición, ¡acabas de ganarte la primera consumición gratis! No deberás pagarme con comida (¿entiendes ahora por qué no era del todo sincero?).

Nuestro goblin recoge su jarra y brinda con Facundo. Luego le da el primer sorbo mientras se gira para observar el interior del local. ¡Menudo ambientazo!

El local se encuentra bastante repleto para la hora que es. Algunos incluso están a punto de hacer nuevos amigos, a puñetazo o taburetazo limpio. La gran mayoría están en las fases previas: cartas, cerveza y jolgorio.

—¡Aquí, compañero! —grita un goblin a Renacuajo.

Está en una mesa con dos individuos más. Agita su delgado brazo, de pie, para que lo vea con claridad.

Él, sin soltar la jarra, se dirige hacia allá. No es tarea fácil. Allí no sólo es tradición hacer trampas a las cartas. Apropiarse de la cerveza ajena es también parte de las costumbres. Cosas que se dan por hechas y que pocos se detienen a cuestionar. Aunque ellos... ¡será posible! ¡Pues no he vuelto a escribir lo mismo! A este paso se va a notar el copia y pega.

Nuestro protagonista arriba a puerto sano y salvo, jarra incluida. Se sienta y pronuncia la frase que más le llena, incluso más que el primer sorbo de cerveza:



—Dadme cartas, hermanos.

—Por supuesto —responde otro de los presentes.

Tiene unas cejas tan pobladas que le bajan por las mejillas contorneando su cara.

—¿Un mal día? —pregunta con ánimo de escuchar el tercero, el más desdentado de todos.

—¿Y cuándo no es un mal día para nosotros? —responde con resignación Renacuajo.

Todos se miran, agarran sus jarras y deciden brindar. En silencio. Con la cabeza gacha. Mitigando su pesar con un sorbo de amarga calidez.

—*Metafórica*. Significa que no debe entenderse literalmente, sino como una comparación implícita, en sentido figurado. Cuando dices «*Tiene un corazón de piedra*» es una expresión metafórica. No hablas de un corazón real, sino de alguien frío o insensible. Pues va mi ama y suelta eso en vez de *retórica*. Y yo ahí, incapaz de hacerle ver su error.

—Porque tu ama sí debe tener un corazón de piedra —añade el cejudo.

—Más bien no lo encuentra —matiza nuestro protagonista—. Está aprisionado en una jaula de

muletas de autoestima de consumo rápido, como toda esta isla de retratos rápidos y gatos diabéticos.

Sus compañeros de mesa quedan en silencio. Ninguno sabe qué responder. Demasiado profundo para ellos.

—Oye: ¿tú cuántas letras te comiste aquella vez? —se aventura a preguntar el delgadito—. ¿Eres consciente de la reflexión que has soltado aquí como quien no quiere la cosa?

De todos es sabido que los goblins de Cara son vegetarianos. Tienen tendencia a engordar y sus dueños los mantienen en dieta eterna. Se han acostumbrado a comer de todo menos carne y pescado. Dicho así suena demasiado bien. Corrijo: cuando logran alimentarse, sólo pueden ingerir productos del campo y la huerta. Algún que otro huevo también, pero se reservan para los progenitores, machos o hembras, de ahí el refrán «*Cuando seas padre, comerás huevos*». Es un concepto muy arraigado en la sociedad goblin. Significa que el privilegio va unido a la responsabilidad.

—Entre papiros, pergaminos y libros... bastantes kilos. Varias familias queríamos huir a Canto., hacia la libertad. Encontramos una cueva repleta. Subsistimos durante días gracias a ellos, aunque la tinta es muy indigesta y desagradable, créeme. Al final nos capturaron a casi todos.

—De modo que *ez veddad: zi comes libdos*, piensas y hablas *mejod*.

—En efecto. También sirve leerlos, pero pocos de nosotros sabemos —responde Renacuajo—. Nuestro organismo es capaz de digerirlos. Al fin y al cabo, se confeccionan con plantas o pieles de animales. La tinta sabe peor. Si bien se usan ingredientes naturales, contiene hollín. ¡Puagh!

—Cuánto sabes, hermano —le dice sonriente el delgadito—. Ojalá yo hubiese comido libros como tú. Aunque para ser sinceros, ¡con comer más me bastaría, ja, ja, ja!

Todos se rieron. Más por empatía y solidaridad que por otra cosa. El pobre estaba para rellenar juncos en el río...

La partida continuó. Y le siguieron más, todas regadas con la cerveza justa. Un goblin ebrio no es cosa se broma: se transforma en un ser violento, furibundo, despiadado. Como los humanos, pero sin resaca. Nadie lo desea. Es un freno cultural. Una de esas costumb... ¡Ah, no! Esa palabra está prohibida, al menos hoy.

La velada continuó. El día siguiente era laborable, pero quién se iba a preocupar por unas ojeras cuando estás en compañía de amigos. Además, Renacuajo tenía una noche de suerte: le entraban buenas combinaciones de cartas; y no pocas *qiahnberras*. Si a eso le unimos que siempre había faroleado bien, sus rivales estaban perdidos.

—¡Camaradas! —vociferó alguien desde la puerta.

La taberna completa se giró hacia allí. «¡Oh, no! Es ella», pensaron todos. «¡La Roja!», exclamaron al unísono con preocupación y cierto disgusto.

Si, la Roja era una hembra goblin. Es cierto: antes mencioné que jugar a las cartas era sólo cosa de los machos de la raza. Pero no mentí. La anciana no venía a echar unas manos: su propósito era desencadenar una revolución. Sí, tal como lo lees. A cierta hora de la noche, en un antro cualquiera de Cara, aparecía como por arte de magia.

—¡Es la cuarta vez este mes, Roja! ¿Tan bien te caigo? —ironiza preocupado Facundo.

Ella le guiña un ojo y empieza su mitin a los allí congregados.

Todos se lo saben: libertad para los oprimidos, la unión hace la fuerza, abajo con los opresores, el huerto para quien lo cultiva, etc. Pocos le hacen caso. La tratan como una loca. Sin sus armas, sin su fortaleza física, ¿qué pueden hacer frente a sus amos? Mejor quedarnos como estamos. Trabajamos como esclavos, pero tenemos los sábados. Así son las cosas. Esa es la (no, no diré costumbre... ¡Rayos! ¡Lo dije).

Nuestro protagonista quiere seguir disfrutando de la partida. Esa señora le molesta, a él y a sus amigos. Quizá ha bebido demasiado. Tal vez alguien debe pagar los platos rotos de su miserable ama. El caso es que se yergue e interrumpe el monólogo de la señora.

—¡Basta! ¿Acaso no te das cuenta? Ninguno te escuchamos. Sólo te oímos. Y siempre cuentas lo mismo.

—Vaya —responde ella con una sonrisa—. Alguien con sangre en las venas.

—Todos tenemos sangre en las venas. ¿Quién te crees que eres? ¿Mejor que los demás? Cuentan que llevas décadas con lo mismo. Y no has conseguido nada.

—Hoy sí. Soltaste tus cartas y tu cerveza. Estás de pie, hablando desde las tripas.

—¿Y qué? Tampoco es para tanto —Renacuajo había perdido fuelle. Es verdad. No había hecho esto nunca. Es más: probablemente ninguno de los presentes—. No somos nadie, lo sabes. Hacen falta muchos de nosotros para esa revolución. Y montones de espadas y arcos. Por no hablar de armaduras, barcos y carros. Míranos. Somos demasiado pequeños para manejarlos.

—Estás equivocado —replicó ella mirándole directamente a los ojos—. Sólo hace falta un gesto. Una palabra salida de los labios de un goblin dirigida a los oídos de un humano: NO.

Todos los presentes enmudecieron. Nuestro chico se apoyó en el respaldo de la silla. Luego llegaron los murmullos. ¡Decirle “no” a un humano! ¡Pero qué clase de locura era esa! Jamás un miembro de su pueblo se atrevería a semejante despropósito.

La Roja tuvo que conformarse con eso. Su detonante de rebelión debería esperar una semana más. ¡Y cuántos sábados llevaba ansiando ese momento! Pero algo la impulsó a no dar media vuelta

e irse. «Ese muchacho tiene algo. No se ha sentado. No ha vuelto con sus cartas y su jarra». Ni corta ni perezosa, caminó decidida en su dirección.

Renacuajo la vio acercarse con paso decidido. Incapaz de moverse, se quedó allí de pie, plantado. Ella frenó a un palmo de distancia de su cuerpo, lo miró fijamente y le dijo:

☉—Una sola palabra: NO. Recuerda esta noche, jovenzuelo.

Entonces dio media vuelta para, tal como vino, marchar hacia la puerta y de allí al exterior.

—Anda, volvamos a jugar. ¿La penúltima, hermanos? —dijo el goblin de cejas largas en un intento por relajar el ambiente.

Renacuajo accedió en silencio, pero algo en su interior se había removido.

Perdió todas las siguientes manos.

Una hora más tarde se despidió y regresó al sótano donde dormía con el resto del servicio.

El domingo discurría como siempre: ajetreado y sin parar.

Llegó el momento de entregar el vestido recién planchado a la ama. Sus compañeras se habían esmerado. Estaba perfecto, planchado con primor, con aroma a pétalos de rosa. Renacuajo se sentía feliz, mientras subía los peldaños hacia el piso superior, hacia el dormitorio de la ama.

Pero la ama siempre tenía algo que objetar. Hoy no sería diferente:

—¡Ya era hora! ¿Tan difícil es hacer las cosas como merezco? Diles a las lavanderas que hoy no comerán. Así aprenderán a acertar a la primera. Es lo justo, ¿verdad?

El mozo sintió ira. Igual que cuando aquella vez se tomó tres pintas de cerveza seguidas y tuvieron que sujetarle. La humana frente a él iba a “perpetrar” de nuevo su frasecita de «*Es una pregunta metafórica*», pero se refrenó. Renacuajo la miraba fijamente. El ceño fruncido, los puños apretados, el cuerpo temblando. Nunca lo había visto así. Y tenía miedo.

—Nnn...nnnnn... ¡nnnnnnn! —intentaba vocalizar él con todas sus fuerzas.

—Re... re... rena... —era lo único que acertaba a decir la humana, mientras caminaba lentamente hacia atrás.

El duende estaba rojo por el esfuerzo. Parecía a punto de explotar. En ese momento, el instinto de supervivencia le dijo a la mujer que debía calmar las aguas.

—Sabes qué, olvídalo. Dales la enhorabuena. Y hoy podéis comer todos. ¡Incluso huevos! ¿Se lo dices... ya, querido Renacuajo?

La tensión desapareció por completo. El goblin hizo una reverencia y se encaminó hacia el piso inferior, en silencio, sin problema alguno para bajar los escalones, seguro de sus pasos como nunca antes.

La dama, por el contrario, se desplomó en la cama. Estaba sudando. No acertaba a comprender lo sucedido, pero algo en su interior le decía que hoy había detenido un drama, pero se había prendido la mecha de un apocalipsis.

Pero eso es otra historia...

Bienvenida a Qíahn, viajera: escoge lado, elige vida.

Porque hay costumbres que sí merecen ser nombradas y mantenidas, **Feliz Día del libro 2026**

Javier Ordax